

ESTUDIANDO LA VEJEZ A TRAVÉS DE LA FILMOGRAFÍA DE ALEXANDER PAYNE

Enrique Fernández Lópiz*

ABSTRACT

This paper analyzes and reflects on old age as it is reflected in two films from Alexander Payne's filmography. We make use of cinema as a tool to understand the process of experiences and behaviors in fictional biographies of senescent characters. Through the films *About Schmidt* (2002) and *Nebraska* (2013), cinema serves as a means to address the main vital events of old age (retirement, widowhood or loneliness), and other complex aspects and transformations in this stage of life.

KEYWORDS: Old age in the cinema, retirement, widowhood, empty nest syndrome, senile dementia.

RESUMEN

El presente trabajo analiza y reflexiona sobre la vejez tal como es reflejada en dos películas de la filmografía de Alexander Payne. Hacemos uso del cine como herramienta para comprender el proceso de vivencias y comportamientos, en biografías de ficción de personajes senescentes. A través de las películas: *A propósito de Schmidt* (2002) y *Nebraska* (2013), el cine nos sirve como medio para abordar los principales eventos vitales de la vejez (jubilación, viudez o soledad), y otros aspectos y transformaciones complejos en esta etapa de la existencia.

PALABRAS CLAVE: la vejez en el cine, jubilación, viudez, síndrome del nido vacío, demencia senil.

SOBRE PAYNE.

Alexander Payne es un director y guionista de cine nacido en Omaha, Nebraska, en 1961, uno de los mejores cineastas actuales. Hijo de inmigrantes griegos, su cine tiene un fino sentido del humor y aborda sarcásticamente la sociedad estadounidense. Ha estado nominado a los Oscar en



Alexander Payne

* Profesor Titular (jubilado) de la Universidad de Granada (elopiz@ugr.es). Director del Grupo de investigación *Cultura y Envejecimiento Humano*. Psicogerontólogo. Psicoanalista y terapeuta de grupo. Crítico de cine y escritor de prensa.

1999 (mejor guión adaptado, *Election*, 1999), ganando el preciado galardón en 2005 por el guión de su película: *Entre copas*, 2004.

Pero yendo a nuestra temática, hay dos exitosas películas en su filmografía que abordan, cada una desde una mirada diferente, el mundo de la vejez. Me refiero a: *A propósito de Schmidt* (2002) y *Nebraska* (2013). Utilizo estas películas de Payne, para ofrecer algunas claves que ayuden a comprender mejor esta etapa del ciclo de la vida.

A PROPÓSITO DE SCHMIDT (2002).

Warren Schmidt (Nicholson) es un empleado de una empresa de seguros que inicia su jubilación sin mucha moral y prácticamente desorientado sobre qué hará o qué será de su vida tras este punto en que quedará fuera del circuito productivo. Sabemos que la jubilación es un momento crítico cuya transición está descrita por la psicogerontología. Se habla de fases en su recorrido: el “pre-retiro”, con expectativas fantaseadas; período eufórico o de “luna de miel”, en que se pretende hacer todo lo que no se había hecho antes; fase de “desencanto”; posterior “reorientación” dentro de unos criterios más realistas; y finalmente, la “estabilidad” como ajuste entre los deseos y las posibilidades reales. Todo esto prácticamente le va a ocurrir al protagonista del filme, pero en forma precipitada y casi indigerible.



También, entre los eventos vitales que coronan la vida de los mayores está la posibilidad de perder al cónyuge, o sea, la viudez. Pues el pobre Warren, al poco de jubilarse, su esposa fallece súbitamente, enviuda y queda solo. Nuestro protagonista queda desolado y sin norte. Para colmo, lo que se denomina el “síndrome del nido vacío” acaba siendo una realidad. Su única hija, con la cual mantiene una difícil relación, vive lejos. Una diferencia principal de Warren con su hija radica en que la joven desea contraer matrimonio con un individuo de escasos recursos en todo sentido, algo a lo que su padre se opone frontalmente.

Una de las ideas felices que se le ocurren a Warren es apadrinar un niño huérfano de seis años de nombre Ngudu Ubu, que vive en Tanzania, al que ayuda económicamente en sus estudios escolares y al cual le escribe cartas en las que le cuenta periódicamente su problemática y los acontecimientos por los que va atravesando. Como el niño es pequeño, recibe respuestas de la monjita del colegio donde estudia. Este apadrinamiento y el intercambio epistolar le sirven como terapia, a la vez que de satisfacción por ofrecer ayuda a un niño necesitado y colaborar por primera vez en su vida en una buena obra.

También, en los primeros momentos tras la muerte de su esposa, momentos de desorganización del hogar y caos, encuentra por azar unas cartas escritas por ella y se entera que le ha sido infiel con uno de sus mejores amigos, jubilado también de su antigua compañía de seguros. Otro golpe duro.

Warren había comprado, por exigencia de su mujer, una autocaravana con todo lo necesario para viajar y habitar en ella. Tratando de hacer algo o de buscar algún sentido a su vida, emprende un viaje en busca de sus raíces. Cruza el estado de Nebraska en la caravana y llega a Denver, que es la ciudad donde vive su hija. El encuentro con la familia del novio, familia estafalaria y bizarra, le hace afirmarse aún más en la idea de que el pretendiente es un mentecato que no es partido para su “nena”. Intentará por todos los medios que esta rompa el compromiso. Y mientras todo esto ocurre, él sigue manteniendo la relación epistolar con el pequeño huérfano africano. Así que esta película narra las desgracias de un hombre mayor que ha perdido motivación vital y que se refugia en Ndugu, el niño a quien escribe contándole sus cuitas y desdichas, del cual recibe consuelo.

Esta espléndida película de Alexander Payne mezcla sabiamente secuencias dramáticas y negras, con humor de gran maestro. Pone el dedo en la llaga de las miserias y desdichas de esta sociedad competitiva y absurda de consumo, pobre moralmente, desde el retrato de un individuo mayor patético, que ha vivido una vida mediocre sin alicientes interiores, aficiones saludables, ni inquietudes espirituales, humanistas o artísticas; y que sigue siendo una continuación del administrativo alienado que fue.



Warren está interpretado por un enorme Jack Nicholson que roza la perfección en el rol de hombre mayor anodino, sin expectativas claras ni opciones fructíferas para su futuro inmediato. Un hombre que de pronto tiene que soportar todos los males de la vejez al mismo tiempo, sin poder digerir tamaño infortunio. Con estos mimbres, Payne construye una cinta con escenas ocurrentes, cómicas por momentos, a la vez que trágicas.

En la trama el provector Warren realiza dos viajes. Uno físico, el que un día decide iniciar con su autocaravana; y otro psicológico, que compete a su vida y a su condición de viejo solo y retirado. En ambos, Warren encuentra un camino de frustraciones, abandono, engaño, vergüenzas y fracaso. Toma conciencia de que nunca ha hecho nada relevante, tampoco ha sido muy generoso y ha llevado una vida anodina. Sólo la “compañía” de Ndugu le va a ir cambiando la visión de las cosas.

Es un film inteligente en el que se empatiza con el perdedor Schmidt, porque de alguna forma representa a una gran mayoría de jubilados, dentro de un mundo que deja pocas opciones creativas, un mundo que fagocita a las personas en general y en particular a los mayores. Una sociedad que alienta el conformismo e ignora o desprecia a quien es distinto u original, o al que tiene sus propias ideas. Como decía Erich Fromm, esta sociedad trata de manera “cosificada” a la ciudadanía, y a los mayores particularmente, en una cultura que ha sacralizado el mercado. Los mayores viven enajenadamente; no se sienten portadores activos de sus propias capacidades y competencias. Se perciben como sujetos empobrecidos fuera de circuito. En la película esta enajenación queda encarnada en un Warren abandonado a su suerte por su anterior empresa, su fría hija, las circunstancias adversas que no son pocas, e incluso su mejor amigo que le había engañado con su esposa.

Lo que sí hace Warren, en una desesperada noche que pasa sobre el techo de su caravana en medio del campo, es un intento por encontrarse consigo mismo, incluso buscar una escondida brisa de trascendencia. Warren, un señor metido de pleno en la vida norteamericana de la productividad y del “tener más que del “ser”, como jubilado, vive mal su alienante rutina, y a la vez está falto de amor (sólo una vez en el filme hace un intento de contacto afectivo y le sale mal).

Esta película refleja una situación particularmente dramática para muchas personas mayores en su fase de retiro. Incluso el joven sustituto que lo reemplaza en su trabajo de siempre, no le hace ni caso cuando él se ofrece a ayudarlo en sus comienzos. Su valor proficiente ha desaparecido y su papel socioeconómico se ha transformado en el de una persona “subsidiada” fuera de circuito. La rutina del trabajo a la que estaba acostumbrado ha desaparecido, en tanto que no se le ofrecen opciones para ocupar su tiempo libre. Además, no ha aprendido a hacerlo. Sólo Ngudu mitiga su angustia por la carencia de afecto y de solidaridad.

Esta película es un material dramático y lúgubre que, no obstante, adquiere una fluidez, una complejidad y una gracia loables en manos de un director que sabe alternar luces y sombras, explotar el lado cómico de situaciones fatales, concertar la piedad con la sorna, el realismo con el humor negro. Payne transmite estas sensaciones, con un Nicholson en permanente estado de gracia que enriquece al personaje hasta extremos insospechados: lo hace patético y adorable, cercano y conmovedor, jocosos y profundamente humano.



En esta obra se ve claramente lo que en su momento señaló el psiquiatra Carlos Ruiz Ogara, quien en una conferencia advirtió que en el viejo, demasiado identificado con las pérdidas (personas, trabajos, épocas más felices y activas), se da lo que André Green llamó “narcisismo negativo”, la “anorexia de vivir”. Ocurre esto cuando la vida apenas es atractiva y el “self” (o “moi”, o “sí-mismo”) se siente carente de valor. Lo cual hace que en el balance responsable de la salud desde el punto de vista psicosomático, entre “movimientos de vida” y “movimientos de muerte”, se tienda hacia las desorganizaciones progresivas, y se favorezca la eclosión y evolución grave de enfermedades que constituyen, desde el punto de vista existencial, un “plan de muerte”. Este plan de muerte en los viejos—hablamos en términos inconscientes—está muy determinado social y culturalmente, dado que, como ocurre en la cinta, el Yo del mayor, en su adaptación a la realidad, renuncia a conseguir gratificaciones fácilmente, y no sabe bien cómo desenvolverse en un contexto hostil, a una edad avanzada y sin retorno. Eso es también esta película, una muestra del viejo desalentado y desganado por la vida.

No es una película fácil por el desasosiego que transmite y el elevado nivel de frustración a que está sometido el personaje. Tras el humor “marrón” que transpira, late un tono de inmensa amargura. Por eso, esta obra es un retrato crítico del viejo en este mundo globalizado y moderno, en esta sociedad que dicta sus normas, dejando escaso margen para

el autoconocimiento y la expresión de las emociones humanas más genuinas, como el amor o la alegría, algo preciso y vital como el aire que respiramos.

Una película recomendable, buena, a la vez que transmite una gran enseñanza. Incluso me atrevería a decir: “¡Cuiden a sus padres! ¡Cuiden a sus abuelos!” Ellos construyeron lo que hay hoy, y más que “niños”—como a veces suele decirse de los mayores—son personas con experiencia y sabiduría. Entonces, en vez de aplicar a la vejez la “Ley de la Moda”, según la cual el viejo es sinónimo de obsolescencia o caducidad, es preciso aplicar otra ley de mayor rango, la “Ley del Arte”, según la cual, con el tiempo se revaloriza el ser, se eleva por encima de la biología, pues no sólo un cuadro o una escultura, sino también las personas, ganan con el tiempo.

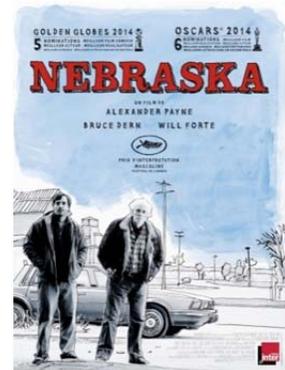
Película notable que mezcla drama y humor con gran destreza y estilo propio. Que narra las desgracias de un hombre que tras un rosario de adversidades ha entrado en una fase de anomia y desaliento. Se refugia en el niño que ha apadrinado, al que cuenta sus sentimientos por carta. Magnífico Nicholson, toda la película gira en torno a él y su nueva etapa de hombre mayor jubilado, viudo y solo. Película sobre la vejez que emociona, enamora y tiene su humor.

NEBRASKA (2013).

Un anciano desorientado, Woody Grant (Dern), tras recibir un folleto con un supuesto premio por valor de un millón de dólares, decide viajar a la ciudad de Lincoln, en el estado de Nebraska, para recoger el premio. Ha tomado esta decisión como lo último que haga en su vida: ¡un millón! Tras diversos intentos de convencerlo de que el panfleto es mera propaganda y viendo el imperioso empeño de su padre, su hijo David decide acompañarlo y llevarlo en su automóvil. Con el transcurrir de los minutos, la relación entre ambos, que durante años estuvo rota por los continuos desvaríos étlicos del padre, tomará un cariz diferente ante la sorpresa de la cáustica madre y del hermano mayor, un joven que triunfa en la televisión local.

Gran película de Payne, obra sencilla y a la vez de hondo calado, con múltiples mensajes y aspectos interesantes para reflexionar. Nada más iniciar la cinta vemos un ambiente rodado en blanco y negro, no por capricho, sino premeditadamente en el plano intelectual y emocional. Esta decisión enriquece artísticamente la película y es un recurso para resaltar un mundo de erial y pobreza en muchos aspectos. La maniobra del director consiste en fundir los personajes con el paisaje, hasta transformar el arenal que debe ser Nebraska, con el alma de los personajes y parroquianos que irán apareciendo en la pantalla.

El europeo suele pensar, según el tópico, en una Norteamérica rica, próspera por doquier, con rascacielos y universidades. Pues bien, esta cinta nos pone delante de los ojos pobreza, mediocridad, hombres bebedores en pubs de cuarta categoría, entornos desolados, el cableado eléctrico aéreo, cuatro vacas en lontananza y unos pueblos paupérrimos en lo



económico, lo cultural y lo intelectual: ¡la América profunda! Pueblos con casas de madera, ventanas de plástico, con tabernas donde se bebe y se chismorrea sin parar, calles abandonadas y hombres y mujeres indigentes en todo sentido. Este es el encuadre.

Los protagonistas y el resto de personajes, son individuos anclados a su desventura, seres imperfectos atrapados en sus miserables rutinas. Muestra de ello es el protagonista principal, Woody Grant, un hombre al que la vejez y la muerte le soplan su aliento en la nuca, personaje magistralmente interpretado por Bruce Dern en el que probablemente es el papel de su vida. Pues bien, Woody, de pronto ha encontrado una “ilusión”, un algo por lo que continuar algunos pasos más caminando su pobre existencia, un cheque a todas luces falso, pero que le promete un importante premio en dinero. Hasta este aliciente denota la limitación interior de los lugareños, para quienes los dólares son lo sumo y la razón por la que a un viejo se le puede incluso sacar como titular en el pobre periódico local, foto incluida, como si fuera un héroe o un artista. Una sátira a un modo de vida como el norteamericano “profundo”, que promociona el nivel de bienestar material, pero que resulta frustrante en lo relativo otras dimensiones más elevadas o de genuino autodesarrollo.

La riqueza como un signo de distinción e identidad, sobre todo en lugares pobres como el de la película, donde la vida en términos éticos o estéticos, apenas tiene cabida. Un entorno infraintelectual, poco estimulante y de mucha cerveza y tv. Este es el contexto del personaje, quien entiende que el único elemento que puede impulsarlo para escapar del hundimiento o la desintegración senescente es el dinero, ese premio que promete el boleto que ha recibido por correo postal.



El psicoanalista Kohut hablaría, en este caso, de la riqueza como un “self-object” del protagonista, una parte del sí-mismo, un elemento sin el cual su identidad se tambalea, pues no acierta a encontrar otro sustento para su autoestima. En su momento, otro psicoanalista, Erich Fromm, distinguió entre una forma “benigna” y otra “maligna” de “narcisismo”, términos vinculados al aprecio personal y al sentido de autoestima. En la forma “benigna”, el objeto de narcisismo es resultado del esfuerzo personal, como el orgullo narcisista de cualquier trabajador por su obra (un carpintero, artista, científico, etc.); esta manera benigna de narcisismo hace que la persona se mantenga en la realidad y pueda valorar su propia actividad y también, por comparación, el trabajo de los demás. En cambio, en el “narcisismo maligno”, el objeto no es nada que el individuo hace o produce, sino algo que “tiene”, como el dinero, que es lo que busca el protagonista. Para estas personas, sobre todo en la vejez, una amenaza a su caudal de pertenencia material es una amenaza a su propia vida. La “malignidad” proviene de que el individuo que es “preciado” por lo que “tiene”, queda aislado en su esplendor narcisista: es un sujeto muy limitado. Esto se ve claramente en esta Nebraska ignorante de la película, donde nada hay imaginable mejor que el vil metal y donde la vejez es más penosa que en contextos creativos y productivos.

Hasta hace poco los hombres mayores se han presentado en el cine como personajes aún capaces de desempeñar el rol masculino tradicional. En este cine más comercial, el personaje adulto mayor conserva su posición social, como sujeto respetable, con experiencia, sabiduría y talante. *Nebraska* rompe con la integridad y la impenetrabilidad de los personajes mayores en la gran pantalla. Woody, el protagonista, lejos de ser admirado, es un alcohólico obstinado e infeliz, dependiente de su familia; no fue un ejemplo de padre y carga con el peso de un pasado que se le impone y le lleva a la desesperanza. Aunque sus sentimientos son desconocidos, los silencios del protagonista arrojan luz sobre el sentido lamentable de un hombre que apenas puede mantener el orden en su mundo interno.



Pero Payne aborda otros aspectos más halagüeños, como la reconciliación del hijo menor con su padre, el amor para con él, un espacio de acuerdo, de perdón y de reconocimiento, pues David empieza a entender el enorme problema de su progenitor, a quien le acosa la demencia y el miedo a la muerte, una muerte absurda donde lo único que tiene a su lado es una tosca mujer que le insulta permanentemente, y un desierto físico y moral que lo rodea de manera implacable. Entonces, padre e hijo inician un viaje (“road movie”) que preside, fotograma a fotograma, cada segundo de la película en busca de ese Dorado estúpido que, empero, es todo cuanto puede tener un valor para Woody. Siempre bajo el amparo de un hijo que ha comprendido que tiene un padre senil ante su último resuello, y su definitiva ilusión de un premio mentecato. Una visión de las relaciones filio-paternas, e incluso del viaje al interior de ambos personajes que acabarán por reconocerse y comprenderse al final de la historia.

La película es poesía metafísica y Payne nos muestra, no sólo una realidad americana árida y de derrota, sino tal vez la metáfora de la carencia que habita en todos nosotros, nuestro propio extravío, nuestros necios entusiasmos que acaban con una gorra o cualquier regalito de consolación como paliativo imperdonable.

Comedia, tragicomedia, drama o meramente desengaño. Quizá la más sencilla pero también la mejor película de Payne, con un excelente guión y trama de Bob Nelson, una genial fotografía de Phedon Papamichae, memorable música de Mark Orton, y los bien elegidos actores para cada papel. Todo ello hace emocionar profundamente porque nos confronta con nuestras miserias y nos descubre nuestra desnuda condición de seres frágiles, más aún en la vejez. Lo cual turba tanto o más que una película perfecta.

CONCLUYENDO.

Estas películas que he comentado son un auténtico testimonio sobre el espíritu humano y la vejez, tema que parece gustar a Payne. En *A propósito de Schmidt*, la temática es la soledad y el conflicto de un hombre que ha de afrontar jubilación y viudez, todo al mismo tiempo y sin piedad. En *Nebraska*, la vejez es vista desde el encuadre de un erial en su más amplia extensión de la palabra, amén de narrar un quijotesco viaje a ninguna parte, pero que



encierra mundos de encuentro y de afecto insospechados entre un mal padre y un hijo que sabe que su “viejo” se marchará pronto.

Por eso, además de elogiar ambas películas, quería decir también, y es un asunto cultural, que la crítica y el sarcasmo de Payne en esta tendencia recurrente suya por abordar la temática de la vejez, proviene de su ascendencia, que hunde sus raíces en el Mediterráneo griego, mundo en el cual se tiene

en cuenta y se respeta a los mayores más que en los EE.UU., su país de adopción. El mismo Payne ha declarado que en su obra se filtran sus sentimientos sobre sus propios padres que se han hecho mayores. “Me gustaría—dice nuestro director—que mientras sigan envejeciendo retengan cierta dignidad, porque la vejez a menudo amenaza con arrebatárnosla”. Sí, son obras que en último extremo son una apología de la dignificación en la vejez.

Obras citadas

- About Schmidt*. Guión de Alexander Payne, Jim Taylor, basado en la novela de Louis Begley. Música de Rolfe Kent. Dir. Alexander Payne. Reparto: Jack Nicholson, Delmot Muroney, Hope Davis, Kathy Bates, Howard Hasseman, Len Cariou, Delmont Mulrone, Connie Ray, Harry Groener, Mat Winston, Phil Reeves, James M. Connor, y June Squibb. Estados Unidos: New Line Cinema, 2002. 124 min.
- Nebraska*. Guión de Bob Nelson. Música de Mark Orton. Fotografía de Phedon Papamichael (b/n). Dirección de Alexander Payne. Reparto: Bruce Dern, Will Forte, Stacy Keach, Bob Odenkirk, June Squibb, Missy Doty, Kevin Kunkel, Angela McEwan y Melinda Simonsen. Estados Unidos: Bona Fide Productions, 2013. 115 min.